

empezaron la traída de las aguas a la ciudad para que la gente no dependiera de las lluvias o del río. Van surgiendo las cañerías, las fuentes públicas, las subidas del agua a las casas, los molinos de agua, las letrinas públicas, los baños y las termas. Estos lugares públicos eran lugares de encuentro», en la que se muestra cómo era una casa palaciega de Roma, con su compluvio e impluvio. El autor dedica especial atención a mostrar la obra de ingeniería que supuso la construcción de embalses, fuentes, sifones, túneles y acueductos. La tercera parte lleva por título «El agua del poder», y se centra en la Roma de las grandes construcciones públicas. Durante la República y el Imperio los romanos exigieron incesantemente mejorar las condiciones de vida; sus demandas eran atendidas mejorando la urbanización de la ciudad, embelleciéndola y atendiendo a la población de los barrios. Así, durante la República se construyeron cuatro acueductos, y durante el mandato de los emperadores Julio-Claudios se levantaron cinco más.

Pero, de poco hubieran servido estas gigantescas obras si no hubieran estado acompañadas de una administración eficaz en cuanto al mantenimiento y reparación de las mismas, y de una legislación apropiada que regulase el uso del agua, el paso de los canales por las fincas privadas, y las sanciones a los infractores. La historia de los acueductos es el reflejo de las grandes etapas de la historia romana. Roma creó, junto con los canales y baños, toda una trama administrativa y legislativa. Destinadas primero a mejorar las condiciones de vida de las personas, las traídas de agua fueron poco a poco convirtiéndose en emblema del Imperio y signo de la fuerza de los príncipes. Los amantes de la historia, en especial de la historia de la civilización romana, encontrarán en esta obra de Malissard la recomposición de una parte fundamental de la vida pública y privada de los romanos. No es una obra para eruditos, sino que está escrita para que todos la puedan leer. El autor ha tenido cuidado en incluir la terminología latina imprescindible para ayudar a comprender mejor el sentido de algunas palabras castellanas relacionadas con el agua y que tienen origen latino. Con una sencillez que maravillará a los profanos, el autor nos muestra a los romanos en su intimidad mientras usan los servicios públicos, al mismo tiempo que deja entrever la fuerza de voluntad de este pueblo.

J.A.

FERNÁNDEZ GARCÍA, Socorro, *La omnipotencia del Absoluto en Leibniz*, Newbook, Pamplona, 1996, 324 pp.

El libro, precedido de una tabla de abreviaturas y de una introducción, consta de dos partes. La primera parte se refiere a los presupuestos leibnicianos en el tratamiento de la omnipotencia del Absoluto y la segunda parte se refiere a la naturaleza de la omnipotencia en el Absoluto leibniciano. Al final, la autora dedica varias páginas a las conclusiones.

En la Introducción, la autora señala cómo a lo largo de la historia del pensamiento, la cuestión de Dios siempre ha tenido una relevancia singular; y no podía ser de otra manera, pues de la concepción que se tenga del Absoluto depende la justificación última y radical de todo. Una filosofía podría caracterizarse dependiendo de la respuesta que se dé a este problema. Leibniz era consciente de ello; no en vano el tema de Dios ocupará en su pensamiento un lugar del todo central.

En el libro se estudia un atributo divino: el de la omnipotencia de Dios. Esta investigación se apoya, sobre todo, en un escrito de Leibniz titulado: la *Causa Dei*, primera parte de sus *Essais de Théodicée* y en el que trata de los atributos divinos. La autora aborda, en la primera parte, la concepción de Leibniz del Absoluto. Para ello, tiene en cuenta el punto de llegada de las distintas formulaciones que propone para demostrar la existencia de Dios: argumento cosmológico, de la armonía preestablecida, argumento por las verdades eternas, ontológico y modal. La conclusión a la que llega, es que el Absoluto leibniciano existe necesariamente por el peso de su misma posibilidad. Él es la totalidad de la posibilidad absolutamente tomada. En esta primera aproximación, la autora observa que el Dios leibniciano no es acto puro, sino que su existencia es fruto de su posibilidad; y esto es así debido a que la posibilidad en Leibniz tiene un carácter dinámico: además de ser lo no contradictorio, tiene una tendencia a la existencia, que realiza si no encuentra contradicción o límite alguno. Como en Dios no puede darse ningún tipo de contradicción, el Dios de Leibniz existe necesariamente.

La conclusión de que Dios exista necesariamente es de un gran interés cuando se indaga cómo aparece el atributo omnipotencia en la obra leibniziana. Es elocuente comprobar que siempre está unido al atributo sabiduría. Y esto es así, porque la omnipotencia es un atributo constitutivo, es la totalidad de la posibilidad, que, al no tener límite, hace que Dios exista necesariamente. Pero, por otra parte, como todo depende de Dios, es preciso que esta omnipotencia sea racional, para no caer en la arbitrariedad de Descartes o en el necessitarismo de Spinoza. Dios es toda la posibilidad, pero no crea todo lo que Él es, sino aquellos posibles que siendo compatibles entre ellos —*composibles* es el término utilizado por Leibniz— encierran la mayor cantidad de esencia. Por eso, es necesario que la omnipotencia vaya unida a la sabiduría.

En la segunda parte, la autora estudia qué significa que Dios sea la totalidad de la posibilidad y la naturaleza del atributo de la omnipotencia. Aparecen al respecto una serie de preguntas: ¿por qué Dios crea algo y no más bien nada?, ¿por qué crea lo que hay y no otra cosa?, ¿hasta dónde se extiende el poder de Dios? La respuesta a estas preguntas justifica de nuevo la necesidad de que el poder vaya unido a la inteligencia. Dios tiene una razón para elegir lo mejor entre las múltiples posibilidades que Él posee en grado absoluto. El principio de razón suficiente es el eje sobre el que pivota la justificación de la existencia del mundo, y lo que hace que Leibniz se aleje del espinocismo y del voluntarismo despótico de Descartes. Sin embargo, es importante matizar cómo se aleja del espinocismo. Por una parte, existe una semejanza muy singular entre las cosas creadas y el Creador, porque las criaturas están penetradas por las esencias que en Dios constituyen su propio ser. En este punto es donde la relación con Spinoza es más estrecha. Pero, por otra parte, las esencias no están en las cosas como están en Dios, ya que en las cosas se encuentran limitadas y en Dios sin límite. Además, Dios contiene muchas más posibilidades que las que crea. La composibilidad es lo que hace que un conjunto de esencias tenga una mayor pretensión a la existencia frente a otras muchas posibilidades que Dios tiene en sí de modo absoluto, y que nunca llegarán a ser porque son contradictorias entre sí, por la propia limitación de su esencia.

Para terminar el estudio de la omnipotencia, alude a la relación que tiene Dios con el mundo creado y, especialmente, con los seres espirituales. Los hombres o sustancias inteligentes constituyen el fin por el que Dios realiza la creación, pues el universo es un espejo de perfecciones divinas donde las almas inteligentes pueden conocer la grandeza y la bondad de Dios, y, como consecuencia, ofrecerle el tributo de su amor.

Se trata de un excelente trabajo sobre la omnipotencia del Absoluto en la filosofía de Leibniz, apoyado en una abundante bibliografía. De especial interés para los estudiosos no sólo de la filosofía moderna, sino para aquellos que estén interesados en el estudio filosófico de Dios y, en concreto, en la reflexión sobre sus atributos.

M.^a CARMEN DOLBY MÚGICA

AZANZA ELIO, Ana, *Diccionario de pensadores. I. Pensadores navarros. Siglos XII-XX*, Eunat, Pamplona, 1997, 406 pp.

Según indica la profesora Ana Azanza en la Introducción, «el *Diccionario de pensadores navarros* se inscribe en un proyecto de mayor alcance que pretende estudiar la historia de la teología y de la filosofía en Navarra desde el siglo XII, época de la que poseemos los primeros escritos filosóficos navarros hasta nuestros días». En este sentido, la presente obra tiene carácter introductorio y metodológico, puesto que se ocupa de localizar los escritores navarros que pueden ser incluidos bajo la rúbrica de «pensadores», según la acepción que esta palabra ha adquirido entre los estudiosos del pensamiento español. En total son 20 los filósofos estudiados, los cuales han sido agrupados en cuatro partes: autores medievales, siglo XVI, siglos XVII-XVIII y siglos XIX-XX. La autora incluye en el primer grupo a Pedro de París o de Artajona, obispo de Pamplona (s. XII) y a Pedro de Atarrabia, franciscano (s. XIII-XIV). En el siglo XVI destacan Miguel Ulzurrun, jurista en la corte de Carlos V, Sancho de Carranza, tío del famoso arzobispo de Toledo don Bartolomé de Carranza, Martín de Azpilcueta (Doctor Navarro), reconocido jurista y moralista, Diego de Estella, místico, Juan Huarte de san Juan, pionero de la psicología científica, y López de Corella, médico. En los siglos XVII-XVIII tenemos al jesuita Juan Martínez de Ripalda, Juan de Palafox, obispo de Puebla de los Ángeles y de Osma,